CONTIGO NO SE PUEDE

POR

EDUARDO TIJERAS

«¿En qué está usted especializado?». «¿Yo? Exactamente, en nada. Soy un trabajador, ¿no es suficiente?». «No es suficiente —expresó el individuo buscando ya otra cosa con la mirada—; necesitamos obreros cualificados». «Puedo hacerlo todo». «No es justamente *todo* lo que nos interesaría que hiciera». «Está bien». Retorcía la boina y se iba a otro sitio. Varios meses así. Quizá lo peor era el momento de volver a casa con las manos vacías y gastar aún dinero en el autobús, que corría largamente por una sucesión de barrios oscuros, túneles y pasos a nivel hasta desembocar en una especie de ciudadela obrera. Cuando su mujer abría la puerta y lo miraba a los ojos ya se sabía todo: que había rechazado varios empleos porque pagaban muy mal. «Cualquier cosa, Esteban. Hay que salir de esto». Esteban se callaba. «Con lo que vendimos y con lo que mandó mi madre no tenemos ni para medio mes, viviendo como vivimos. Cualquier trabajo es bueno». Esteban refunfuñaba mientras sorbía la sopa caliente. Se hubiera puesto a limpiar retretes, se hubiera metido en la boca de una mina. Pero no podía decirle a ella que le dolían los dientes de pedir trabajo, precisamente de pedir *cualquier* trabajo. Ella le freía unas patatas ricas, y la hornilla de carbón, que calentaba toda la casa, enrojecía sus mejillas, y estaba guapa con el embarazo de dos meses, aunque frunciera un poco la cara y se quedara pensativa más tiempo de lo acostumbrado. Incluso había solicitado un puesto de guarda nocturno en unas obras, pero le habían dicho que no era lo bastante viejo. Y ese día riñó con el tipo y al final tuvo que oir cosas feas, de esas que hieren y lo disminuyen a uno en la escala zoológica. Esteban, mirando los crecidos pechos de su mujer o sus ojos brillantes por el fulgor de la hornilla, se oía decir como un eco: «A mí no se me sube ningún mamarracho a las narices, ¿te enteras, Queta?». Y ella respondía cariñosamente: «Ya, ya sé que no se pueden gastar bromas contigo. Sin embargo, necesitas un trabajo, necesitamos un trabajo en seguida». «Lo estoy buscando», y Esteban, derrotado en el fondo, ya se sentía justificado moralmente para atraer a Enriqueta y ponerle la mano entre sus muslos calientes y apretados. Al día siguiente recomenzaba la odisea. En cuanto Esteban abandonaba el lecho y la fami-

liar perspectiva casera y la aureola de confianza que irradiaba Queta, empezaba a sentirse víctima de fuerzas desconocidas y discurría impotente por las calles, hablando como con gentes de otro planeta, adoptando un tono humilde y haciéndose cargo de que pronunciar una blasfemia gorda en aquellas condiciones era la cosa más boba que podía ocurrírsele. «Ya sé que no se pueden gastar bromas contigo». Qué criatura. Había allí un amor, un respeto. Y mala suerte. Se habían casado hacía tres años. Dos años y pico aguantándose o empleando malas maneras para no tener hijos. Ahora que venía el hijo se iba el trabajo. También venían los fríos. «No se pueden gastar bromas...».

Por fin encontró trabajo. El ya se había fijado que, durante el invierno, los camiones cargados de carbón invadían los neblinosos amaneceres de la urbe. Había visto los camiones negros corriendo bajo la lluvia y a unos hombres negros encima del carbón, tapados con los sacos. Siempre le pareció una estampa amarga y, sobre todo, sucia. La clase de trabajo era fácil y dura. Todo consistía en cargar el carbón y descargarlo luego en los sótanos de las buenas casas con calefacción. Ahora él corrió encima del carbón: cara tiznada, hombres silenciosos como si fueran a la guerra, días de frío intenso o de un sol que sacaba a relucir sin piedad la inmensidad de asco que es un camión de carbón corriendo por la ciudad bien provista de coches relucientes. El primer día de trabajo estuvo dedicado sólo al reparto de leña. Volvió a su casa limpio, cansado y contento. Queta dijo: «Cuenta, cuenta». Se lo contó todo. Un buen trabajo, por algo había aceptado, y con porvenir; los compañeros eran de esa categoría de hombres humildes y sin ambiciones, y a él le sería fácil dirigir un poco y ganarse la confianza del proveedor. El segundo día se metió en carbón hasta el cuello. A Esteban le dijeron: «Oye, tú, a ver si espabilas». Un hombre daba las espuertas desde el camión, otro las trasportaba a la boca del sótano y el último las vertía, mientras que el encargado, el que llevaba las notas y los papeles, vigilaba alrededor. A Esteban parece que le tocó lo peor. Estuvo acarreando espuertas, y el polvillo de carbón le crispaba la garganta. Los compañeros no decían nada. Tenían unas caras enjutas y negras y unas boinas siniestras encasquetadas. Esteban resbaló. Volvió a casa con dolor de riñones. Antes se había lavado minuciosamente en la carbonería. Quiso beber algo con los compañeros, pero ellos tenían cosas que hacer. A Esteban no le cabía duda de que, sin embargo, se dirigían a una taberna determinada. Queta, como siempre, abrió la puerta y Esteban vio que puso cara de susto. «¡Cómo vienes! ¿Qué ha pasado, Esteban?». «¿Pasar? No ha pasado nada». Entró en la cocina. De la

olla escapaba un vapor que olía a verduras y a garbanzos, un olor cálido en aquella tarde de cielo blanquecino. «¿Hay vino?». Queta probó el guiso, cortó el pan en rodajas y fregó un vaso. «Traes polvo de carbón en las orejas, en los ojos, en el pelo, y no digamos nada del traje». «Sí, les eché una mano a aquéllos. Tú habrías hecho lo mismo. Te puedes imaginar, dos viejos, el frío...». «Naturalmente —dijo Queta, poniendo los platos en la mesa—, hay que ayudar a la gente. Pero otra vez llévate la peor ropa que tengas». «¿La peor ropa que tenga? —se rio Esteban—. Habría que buscar ya entre los mendigos». Comió en silencio. «Mira —dijo con energía—, el problema es éste: aunque yo lleve ahí las cuentas, aunque desempeñe un cargo más o menos de confianza, eso no impide que tenga que meter las manos en el carbón. Mucho trabajo. Cuando sea un poco más antiguo veremos». Queta estaba con las náuseas del embarazo, pero sonrió y dijo: «Conseguirás lo que te propongas. Contigo, ya se sabe. Tienes que comprarte un guardapolvo». «Está rico el cocido». «Ay, cómo te envidio», dijo ella tocándose el vientre. Esteban la deseó una vez más y casi se le quitó el hambre pensando en eso. A partir de entonces ya corrió más tranquilo encima del cacharro negro, envuelto en el saco, pisando la escarcha de las mañanas y viendo que el mundo y la vida —con sus casas señoriales, sus hombres limpios metidos en sus coches brillantes, sus fragantes colonias del extrarradio, sus bancos misteriosos de donde fluía una multitud presurosa, sus guardias de la circulación pitando en los cruces, los cines lujosos, los restaurantes lujosos, los penachos de humo lujosos que se alzaban en los lívidos amaneceres manchando la niebla y recordando los lujosos despachos alfombrados y las calientes oficinas— constituían una creación impresionante e inamovible donde la mayoría de las personas se movían como ratas buscando un boleto de la suerte, buscando una oportunidad. Esteban ya tenía su boleto. Lo pensaba así porque era la única posibilidad de sobrevivir con ilusiones a aquel tinglado feroz visto a través de la película picante del polvillo de carbón. Estaba ella. Ella era como esos palenques de las películas donde un caballero, lanza en ristre, cabalga victorioso. Ella era el pequeño o gran escenario del mundo donde Esteban vivía y hablaba sin sentir previamente esa mano ancha e invisible que, en otras circunstancias, siempre se apoyaba en su pecho ahogando algo. En aquel rincón de la cocina, sentado junto al fregadero, mientras tomaba un vaso de vino, Esteban sentía que sus palabras, cualquier mínima palabra o gesto, llevaban un camino cierto, infalible; él hablaba y algo —secreto, inefable, que no podría definir—, se removía, se ponía en marcha. No era como en la calle, la carbonería, el bar, donde las palabras colgaban insulsas y

se vaciaban de contenido, o el contenido no era grato, y a cada nuevo intento crecía la sensación de impotencia, la inexorabilidad de un mundo cubierto de extrañeza.

Una tarde volvió especialmente cansado. Queta estaba más arreglada que de costumbre y tenía ya la comida hecha.

—Vamos al teatro, ¿qué te parece?

—¿Qué teatro? —preguntó Esteban sonriendo.

—Tenemos las entradas. Gratis. Las ha mandado el Padre Lucas.

—¿Pero qué teatro es? Ya sabes que a los teatros hay que ir bien vestidos.

—Es en la escuela del Padre Lucas, aquí en el barrio. Viene una compañía a darnos una función.

—Gratis... Nos pondrán un mamarracho. Estas cosas benéficas siempre son unas antiguallas.

Esteban, con aquellas palabras, ya había dado su nota, la nota que le hacía sentir el suelo bajo los pies. Queta admitió que pudiera ser un mamarracho.

—De todas formas, vamos, ¿quieres? Anda, arréglate.

—Que me arregle.

—Quítate la ropa de trabajo.

Esteban se lavó por segunda vez.

—¡Dame un poco de vino! —gritó desde el lavabo—. Sí, es buena idea la del teatro. Decidido.

Queta le puso en la repisa un vaso de vino manchego con un pedazo de pan que había mojado en el tomate frito. Esteban canturreó.

La escuela del Padre Lucas tenía una especie de salón de actos, con sillas sueltas y ruidosas, un piano viejo, un escenario polvoriento y una librería con las obras completas de José Antonio y una biografía de San Ignacio de Loyola. Los de la compañía de teatro habían tendido al lado del escenario una cortina para ocultar la tramoya y vestirse. Esteban encontró una mayoría de público infantil y escandaloso. El local estaba lleno de humo. Buscaron asiento cerca del escenario. Al Padre Lucas no se le veía por ninguna parte. Aquello tardaba en empezar. Por fin se descorrió la cortinilla, y un hombre joven, alto, delgado y terriblemente serio empezó a hablar. Esteban no entendió gran cosa porque la gente armaba mucho escándalo. Algunas palabras —«didáctico», «educacional», «sacrificios que», «farsa lorquiana», «la intencionalidad»— llegaban hasta sus oídos, pero a él le resultó imposible juntarlas y darles un sentido. Una señora con abrigo de pieles y que antes había hablado con acento extranjero, acento duro, emitió un siseo furioso. Esteban dedujo que esta señora, por su porte distinto, venía con los actores. Empezó una obrita graciosa. Todos los

actores, las muchachas especialmente, rozaban el ridículo con sus voces de falsete. Aquello era de García Lorca, se dijo Esteban haciendo un esfuerzo por impresionarse. Pero no le gustaban cómo se movían los personajes en el escenario. No es que ignoraran otra forma de moverse: es que aquél era el estilo exigido por la obra. Saltitos, ademanes envarados. Queta se reía y lo pasaba bien. Esteban se encogió de hombros. La señora del acento extranjero habló a su acompañante: «Es una farsa celestinesca *encantadorra*». Cuando cayó el telón hubo una mezcla de aplausos y pitos. Queta estaba absorbida. Comenzó la segunda parte. Esteban tampoco captó el título ni el autor de la obra, pero consiguió oir las últimas palabras del director, todavía más serio que antes. Dijo el director:

—... y puede que entre ustedes haya alguien que se sienta también un perro.

El joven director, con su bufanda negligentemente arrollada al cuello, echándose hacia atrás el pelo liso de la frente, se retiró y comenzó la representación. Un hombre pedía trabajo. Negativas, insistencias, negativas. Esteban se removió en la silla y miró a su mujer. Al tipo del escenario le ofrecen por fin un trabajo: se trata de trabajar de perro, con su casilla correspondiente y la ineludible obligación de ladrar. Y el tipo se pone a cuatro patas, se mete en la casilla, acepta la cadena y ladra, ladra toda la cantidad de tiempo que los amos quieren que ladre. Esteban miró a Queta. Ella estaba al principio ligeramente divertida con el asunto del perro, pero Esteban observó que se quedaba repentinamente seria y ya no le quedó duda de que había empezado a pensar en algo. Sus miradas se cruzaron fugazmente. Por supuesto, el perro del escenario tiene también una esposa y ella teme que la cosa extraña en que se ha convertido su marido le muerda. Esteban pensó oscuramente que todo aquello era una porquería. El no necesitaba discursos. ¿Para qué más discursos que el camión corriendo bajo la lluvia fría, el sueldo miserable, el polvillo del carbón metido —juraría que para siempre— entre las uñas y las arrugas de la cara, la cosa general de vivir en aquel barrio, que era como una patada en el trasero? Miró a su alrededor. Vio a todos los perros amargados con el «fin de semana»; los perros que volvían de las minas húmedas, de las perforadoras mecánicas, de barrer los suelos, de escupir esquirlas de ladrillos, de conducir autobuses gigantescos, de cobrar recibos por cuenta de campañías aseguradoras o mortuorias; los perros con martillos y monos azules y potaje en casa. Tenían todos la cara hundida con la fiesta del perro. Esteban empezó a flaquear. Ahora, en el cerebro de su mujer, de aquella mujer cálida que se le entregaba por las noches, se abriría paso, primero la sospecha y luego

la certidumbre de que su macho, su hombre, su estrella, que tenía siempre en los labios una frase dominante y burlona, era en realidad un pelele en manos de otra raza de hombres más inteligentes. Que había hombres más inteligentes, eso lo admitía Esteban sin apenas esfuerzo, pero que lo echaran de su puesto junto al fregadero, que le quitaran con el asunto del maldito perro la moral para beberse su vaso de vino, mientras la mujer decía desde la cocina (y aquello lo arreglaba todo): «Es que contigo no se puede», ya resultaba inaceptable y criminal. Esteban se sorprendió con el estómago contraído. Y aquella lata del perro seguía. El local estaba gris de humo. Por un gesto de Queta comprendió que todo estaba yéndose al garete. Volver cansado y negruzco, alzar las patas en el dintel de la puerta, entrar en el ámbito donde los olores a guiso y sus palabras y el vino y el amor tenían un sentido hermoso de escapada a las leyes tan bien conocidas. El mundo se convirtió solamente en un camión de carbón y en un arrastrarse continuo. Entonces Esteban se levantó y gritó:

—¡Fuera, fuera!

Se hizo un silencio. Hasta los niños por un momento vieron algo raro. Esteban se había quedado de pie. Gritó otra vez:

—¡Fuera! ¡No interesa!

Estalló el escándalo. Los niños chillaban alegremente, los obreros decían que aquello del perro era una paparruchada y las mujeres decían que un hombre es un hombre y que un perro es un perro. Se extendió una rebeldía sorda y negra por el local. La representación fue suspendida momentáneamente. Salió a escena el director, con su bufanda llena de gracia y su pelo en la frente. Salió y se quedó quieto con la cabeza baja. Después alzó la cabeza y siguió quieto con la cabeza alta, enfrentándose al barullo y los gritos. Por fin alzó los brazos y consiguió acallar el escándalo.

—Queridos amigos—empezó diciendo visiblemente irritado—, esto es una vergüenza, esto es una inversión de todos los valores. Nosotros... nosotros no cobramos nada por venir a trabajar delante de ustedes. Nosotros lo pagamos todo. Sólo queremos desarrollar la vocación que sentimos por el teatro y por su verdadera misión social, que es la de educar al pueblo y despertar en él una fuerte conciencia de clase. Una conciencia, ¿entendéis? ¡Porque estáis dormidos! Esta obra de Dragún despierta ese sueño brutal...

Al director lo llamaron desde dentro. Volvió al instante y dijo, ya deprimido:

—De todas maneras, gracias. Se suspende la función.

En un revuelo de cortinas se vio al Padre Lucas gesticulando muy preocupado. Los actores formaban un círculo silencioso. El público fue

saliendo. La calle estaba fría. En la esquina arrancó el autobús con un chorro de humo. Algunos perros se metieron en la taberna. Otros no sabían adónde dirigirse con su nueva conciencia recién estrenada. Los más aburridos se quedaron en la puerta de la escuela para ver salir a los actores. Las actrices, sin maquillaje, eran una preciosidad de muchachas. Llevaban al brazo los vestidos viejos y almidonados de la farsa. Ni un aplauso, ni un gesto cariñoso los despidió. Ellos miraron los oscuros grupos de gente, la taberna que emitía un ruido hostil, las calles que desembocaban en el campo, y se introdujeron en un par de taxis que ostentaban en la noche sus esperanzadas lucecitas verdes. Al otro lado estaba la ciudad, y los actores —jóvenes, honestos, de ademanes elegantes, enamorados entre sí— se llevaron finalmente su no por escarnecida menos hermosa conciencia de bien. El Padre Lucas —diez años predicando desde el púlpito—, mirándolos desde una ventana, había pensado: «Niñitos burgueses». Esteban y Enriqueta, ya en casa, comieron en silencio. El marido pensó que ya no tenía por qué decir la mitad de las cosas que había estado diciendo siempre. Se pinchó aquello, sí; lo convencieron de algo que ya sabían hasta los gatos, le quitaron el último respiro. Allí estaban la cocina, el fregadero, el vaso del vino vacío, pero no había palabras, no había escape. Era la espada y la pared. Y la cara de Queta era inconfundible. Fue ella quien habló de pronto:

—Lo de esta noche ha sido demasiado. ¡Eres un grosero! ¿Cómo has podido ponerte a gritar de esa manera? Has dado un escándalo. ¿Qué dirá el Padre Lucas? ¿Qué dirá todo el mundo? Una función tan bonita... ¿Por qué esos gritos, se puede saber, por qué?

—Por lo del perro.

—Qué tontería.

— Escucha...

Esteban se interrumpió porque le había nacido una alegría porosa y animal en todo el cuerpo.

—Tengo ganas de llorar —dijo Queta.

Esteban le puso una mano en la pierna, una mano que no era una mano, sino la garra de siempre.

—Todo fue un mamarracho, ya te lo dije. Y yo me equivoco pocas veces. Dame ese vino.

—Es que contigo no se puede... —casi sollozó Queta llenando el vaso hasta los bordes.

—Uno es lo que es. Ven.

EDUARDO TIJERAS
Ciudad-Parque Aluche, C 1
MADRID-11